



**Remón  
Berrade de Echegoyen,  
Gaudencio**

*(Ujué, 1948)*

Cuando finalicé la relectura número siete u ocho de *El llano en llamas*, me pregunté: ¿Y yo no sería capaz de hacer algo así? La soberbia juvenil ya la había malgastado en la acción sindical contra el invicto caudillo, y ya, solo me quedaba la satisfacción del deber cumplido como obrero-soldado, algunas cicatrices y una pila de lecturas que aguardaban la mansedumbre de la edad en calma. ¿Por qué no hacer con el montón de escombros y vidas -propias y ajenas- de los años lobos y azulones lo que Juan Rulfo hizo con los terrosos y patibularios de la revolución mejicana? Si el tío Celerino operó como el Dios de la lluvia sobre las páginas de Rulfo, para mí lo fue mi abuela Adelaida. Dejé hablar, dejé fluir, el oído atento a las voces de la pobreza y al acento cortado de quien no podía ni sabía expresar su miseria o espanto como los cánones mandan, y es que los desdentados ni hablan ni razonan tal cual que los saciados.

¿Qué decir? ¿Por dónde principiar? Algo saldrá. Y algo salió. En marzo de 2006 la editorial salmantina Celya editó *Los sin voz*, una cadena de 23 relatos que sirve de voz a quienes nunca la tuvieron: la mujer rural, la viuda, la puta de pueblo, el jornalero, el borte o echadizo, el mutilado de guerra, el condenado, el cura de aldea, el analfabeto, el seminarista, el tonto del pueblo, etc. La obra se distribuyó por toda España. No sé, ni me importa, el número de ejemplares que se vendieron, pero sí tomé buena nota del curioso dato que me suministró la editorial: después de Navarra, la comunidad donde más se vendió fue Baleares. Extraño capricho de los destinos de la literatura. Animado por el evento, más tarde vendrían *Historias de corrales* (Editorial Evidencia Médica S.L. Pamplona, 2011) y una porción, no muy extensa, de relatos en el mismo sentido, más tarde aparecidos en distintas revistas o colecciones de relatos breves.

Pero insisto, el fulminato de mercurio fue el padre de *Pedro Páramo*, con influencias -no lo puedo negar- de Borges, Cela o Valle Inclán. La literatura es pozo, primero la nube tendrá que llenarlo de agua, después llegará el modo y tiempo de sacarla. La medida, material o peso del pozal es harina de otra historia, tal vez el cuño o el estilo del artista.

Y, por cierto, el próximo 16 de mayo Juan Rulfo cumplirá los primeros cien años.



256

**Retana,  
Juan**

(*Estella, 1961*)

Comencé a escribir con 17 años y con 19 gané mi primer premio, el Villa de Bilbao con el cuento *Epitafio del desalmado Alcestes Pelayo* que alcanzó una fama inusitada al mandarlo a la hoguera el primer edil de la Villa. En 1982 gané el premio Navarra de novela corta con *Papeles que demuestran cómo la muga mordió al comunal* que aunque no vio la luz como libro, afianzó mi voluntad de convertirme en escritor. Ambas obras están ambientadas en la guerra civil en Navarra y fueron escritas antes de que *Soldados de Salamina* pusiera el tema de moda. Mi novela *Del Rencor y la memoria*, escrita a finales de los noventa del siglo pasado, y publicada en 2005, es deudora de aquellos primeros trabajos de juventud.

Si tengo que hablar de influencias, estoy obligado a citar en orden preferente a Pablo Antoñana y el primer libro suyo que leí, *Relato cruento*, no tanto porque me influyera estilísticamente, que seguro que lo hizo, sino porque me convenció de que no era un imposible ser navarro y escritor. Sus obras, que leí en mis años de formación, me alentaron en mi propósito de arries-